

CARMEN.—¡Ya, ya! Uno, criado; otro, casado; el otro cura...

DOÑA CONCHA.—¡No me digáis! Todo puede pasar; pero como lo del criado no hay nada. ¡Qué atrevimiento! ¡Qué desvergüenza! ¡Gracias á que no han llegado á conocerle las de Espinosa!

## LOS QUE SE QUEDAN

---

### VI

Salón de lectura y conversación de un hotel, en una ciudad del Mediodía de Francia.

Dos matrimonios españoles de cierta edad, en buena posición—burguesía rentística-comercial,—sin hijos y con buen humor, viajan en compañía por el Norte de España y Mediodía de Francia, hasta llegar á París, verdadera Meca de su peregrinación. El viaje combinado en sociedad es más agradable y más económico; sobre todo se evita el constante *tete-á-tete* matrimonial, tan expuesto á choques y descarrilamientos.

El matrimonio primero se compone de doña Rosa y don Tomás, y el segundo de doña Eloísa y don Romualdo.

En confirmación de que en todo matrimonio siempre hay un absorbente y un absorbido, en la primera pareja es la señora la que se halla en pleno goce de todas las existencias matrimoniales en carnes y en colores.



En el segundo, es el marido. A su lado, los respectivos cónyuges son como la añadidura de una sardina en dos kilos de merluza bien pesados.

Los cuatro visten con la mayor corrección y esmero. Las señoras, muy encorsetadas, muy alhajadas; los señores, muy planchados, muy relucientes; gran cadena de oro, sortija con solitario.

Hablan pausado, esforzándose por afinar la voz; algo cohibidos por el relumbrón aparatoso del hotel, que á ellos les parece cosa regia.

DON ROMUALDO (*que es el verdadero director artístico y administrativo de la expedición*).—Nos han dado bien de almorzar. ¿Qué les parece á ustedes?

DOÑA ROSA.—Muy bien. Yo he almorzado muy bien. ¿Qué le ha parecido á usted, Eloísa?

DOÑA ELOÍSA.—Muy bien. El pescado, muy fresco, y todo muy bien.

DON TOMÁS.—A mí ya sabe usted que la cocina francesa no me entusiasma.

DOÑA ELOÍSA.—Yo me avengo á todo.

DON ROMUALDO.—Ya me habían dicho que el hotel era bueno, aunque un poco caro. ¿No les parece á ustedes?

DOÑA ROSA.—Si fuera para mucho tiempo, no le digo á usted.

DOÑA ELOÍSA.—Eso digo yo. Cuando está uno poco tiempo en un sitio debe uno procurar estar lo mejor posible. Para más tiempo ya es otra cosa, porque se acostumbra uno á todo.

DON TOMÁS.—En estos viajes por el extranjero lo que hace subir todo son los cambios...

DON ROMUALDO.—¡Ah! ¡Los cambios! Y es un problema que no lleva camino de resolverse. ¿Qué le parece á usted?

DON TOMÁS.—En mi entender... (*Largas consideraciones sobre el problema de los cambios, causas probables, remedios posibles, etcétera, etc. Las señoras, apenas advierten el giro de la discusión, se desentienden por completo de los maridos.*)

DOÑA ROSA.—El relleno de los calabacines estaba muy fino.

DOÑA ELOÍSA.—Yo, fuera de mi casa no como nunca nada de picadillo. Pero todo estaba muy bueno.

DOÑA ROSA.—Y muy bien presentado. La mantelería daba gusto.

DOÑA ELOÍSA.—¿Se ha fijado usted en los dos extranjeros que almorzaban en la mesa de al lado? Usted estaba de espaldas...

DOÑA ROSA.—Los veía por el espejo. Muy elegante ella. Para mí no tenía trazas de nada



bueno. En Francia ya sabe usted que hay muchas mujeres de esas que llaman *cocós* que se presentan en todas partes mejor vestidas que las señoras.

DOÑA ELOÍSA.—Las costumbres son más libres. Pero no hay duda que es un país muy adelantado.

DOÑA ROSA.—Hay mucha limpieza. Da gusto.

DOÑA ELOÍSA.—¿Y ha reparado usted cómo cuidan á los animales?

DOÑA ROSA.—Y las iglesias, qué cuidadas también. Da gusto. Comparadas con las de Madrid. Y ya ve usted, dicen que aquí no hay religión.

DOÑA ELOÍSA.—Desengáñese usted: cuando hay dinero hay para todo.

DON ROMUALDO (*que ha terminado de discutir*).—Madamas: si han descansado ustedes un ratito, en marcha, que nos queda mucho que ver. ¿No les parece á ustedes?

DOÑA ROSA.—Por mí, cuando ustedes quieran. ¿Qué le parece á usted, Eloísa?

DOÑA ELOÍSA.—Yo creo que debemos esperar un poco (*recreándose con una mirada intencionada en la opulencia corporal de su buena amiga*). Rosa debe de estar muy cansada. Esta mañana corrimos las siete partidas.

DOÑA ROSA.—Sí que hemos andado.

DON ROMUALDO.—Podemos tomar un cochecito para toda la tarde.

DON TOMÁS.—Pero hay que ajustarlo antes, porque esta gente le clava á uno en cuanto se descuida. Usted, que se entiende con ellos. A propósito: le debo á usted un franco noventa y cinco. ¿No se acuerda? De las cosillas que pagó usted esta mañana.

DON ROMUALDO.—Sí me acordaba. Pero no corría prisa... A la noche, cuando hiciéramos la cuenta del día...

DON TOMÁS.—Permítame usted. Como esto ha sido un extraordinario. (*Buscando con grandes fatigas en un portamonedas con mil divisiones, apartados y escondrijos.*) Aquí tiene usted dos francos.

DON ROMUALDO (*idéntica operación en idéntico portamonedas*).—Aquí tiene usted. Cinco céntimos. Estamos en paz por ahora.

DON TOMÁS.—Se va el dinero que es una bendición. Estos franceses le sacan á uno los cuartos sin sentir.

DOÑA ROSA.—Pero son muy agradables; da gusto.

DOÑA ELOÍSA.—¿Se fijaron ustedes en la buena moza que almorzaba en la mesa de al lado?

DON ROMUALDO.—Era la señora del hotel, la dueña... ¡Muy guapa!



DOÑA ROSA.—Vea usted. A nosotras nos había parecido otra cosa. Eloísa y yo dijimos si sería una de esas *cocós*.

DON ROMUALDO.—¡Qué disparate! Es una buena señora, con cinco hijos. Cosa rara en Francia, donde nadie tiene, por lo regular, más de dos, un chico y una chica...

DOÑA ROSA.—¡Qué cosas! ¿Cómo se las compondrán?

DOÑA ELOÍSA.—Esta gente lo tiene todo muy estudiado.

DON ROMUALDO (*más poseído cada vez de su misión instructiva*).—Y aquí todavía no hay *cocottes*. Eso en París, en París. Ya verán ustedes. Allí no las dejaremos á ustedes solas.

DOÑA ROSA.—Ni nosotras á ustedes.

DON ROMUALDO.—Y nosotros que pensábamos echar una canilla al aire ¿Qué les parece á ustedes?

DOÑA ELOÍSA.—Ya están ustedes buenos... Ustedes no se separan de sus mujeres.

DON ROMUALDO.—Creo que esto parece un viaje de novios. A ver como las prueba á ustedes París. Ya saben ustedes que de allí vienen todos los bebés... (*Risas, algazara, bromas escabrosas. La digestión deja sentir sus efectos.*)

DOÑA ROSA.—La verdad es que lo estamos

pasando muy bien. Puede darse por bien empleado lo que se gasta.

DOÑA ELOÍSA.—Eso le digo yo á éste. ¡Si no disfrutamos ahora! Los que no tenemos hijos en que pensar. Aunque se gaste un poco. Más se gasta en una enfermedad.

DOÑA ROSA.—Díganoslo usted á nosotros. Cuando á éste le hicieron la operación... Cerca de mil duros entre unas cosas y otras.

DOÑA ELOÍSA.—Y dé usted gracias á que salió bien.

DON ROMUALDO.—Las operaciones siempre salen bien; el que suele no salir bien es el enfermo.

DOÑA ELOÍSA.—¿Le operó á usted algún francés?

DON TOMÁS.—No, señora. En España hay buenos cirujanos.

DOÑA ELOÍSA.—Eso tengo entendido. Pero como ahora ya han visto ustedes que para una operación que según dicen era tan sencilla...

DON TOMÁS.—¡Ah, sí!...

DON ROMUALDO.—¡Ganas de ponernos en ridículo!... (*La conversación toma un sesgo peligroso. Cae el telón.*)



## LOS QUE VUELVEN

---

VII y última por fin de estación.

MARIA LUISA Y EUSTAQUIO

EUSTAQUIO.—¡Qué pronto se ha pasado el verano!

MARÍA LUISA.—¿Te parece?

EUSTAQUIO.—¿Á ti no?

MARÍA LUISA.—Sí, sí; se me ha hecho muy corto. ¡Y eso que el calor se ha dejado sentir! ¡Nos habían dicho que era tan fresco este pueblo!

EUSTAQUIO.—¿No te gusta este pueblo? ¿Verdad?

MARÍA LUISA.—Sí, sí; la gente es muy buena. Es decir, toda no. Hay mucha insoportable. Pero los amigos que hemos tenido aquí, todos muy cariñosos.

EUSTAQUIO.—¿Todos?

MARÍA LUISA.—¡Qué tonto! He dicho amigos; amigos y amigas. Tú eres otra cosa.

EUSTAQUIO.—En cuanto vuelvas á Madrid,



te acordarás de mí como del pueblo... y de todo.

MARÍA LUISA.—No he de acordarme.

EUSTAQUIO.—¿De verdad? ¿De verdad quieres á este paleta?

MARÍA LUISA.—¿Paleta? ¡Qué tonto? Demasiado sabes que no lo eres.

EUSTAQUIO.—Sí, sí; un paleta; todo lo más un señorito de pueblo. Hasta el nombre... ¡Eustaquio! ¡Vaya un nombre!

MARÍA LUISA.—Como otro cualquiera...

EUSTAQUIO.—Pensar que esta noche ya no nos veremos, que se acabó la tertulia.

MARÍA LUISA.—No; la tertulia se acabó para nosotros hace tiempo. ¡Para el caso que hacíamos de ella! No la echarás de menos.

EUSTAQUIO.—Á la tertulia, no... ¡Pero á tí! ¡Qué guapa eres!

MARÍA LUISA.—¡Estáte quieto!

EUSTAQUIO.—Es la última vez que nos vemos solos.

MARÍA LUISA.—Sí, sí... ¡Como que en este pueblo está uno nunca solo! Siempre hay alguien atisbando... No, no... ¡Eustaquio! ¿Lo ves? Te has pinchado. ¿Lo ves?

EUSTAQUIO.—Este pañuelo con esta sangre lo guardaré siempre.

MARÍA LUISA.—¡Vaya un recuerdo! Es decir, puede que sea el único. Ya que tan-

to hablas, veremos quién olvida primero.

EUSTAQUIO.—¿Yo? ¿Olvidar yo? Aquí, en este destierro del mundo. Tú, sí, en Madrid...

MARÍA LUISA.—Para la vida que yo llevo en Madrid.

EUSTAQUIO.—¡Cuándo volveremos á verte! ¡Cuándo volverás tú aquí!

MARÍA LUISA.—¿Aquí? No es fácil. Hemos venido este verano por casualidad. Pero tú sí vendrás á Madrid. No está tan lejos.

EUSTAQUIO.—¡Si por mí fuera! Pero mi padre me tiene muy sujeto. Por supuesto, el mejor día... ¡Es uno un bruto! Si yo hubiera querido estudiar cuando mi padre quería... Pero entonces, uno no pensaba...

MARÍA LUISA.—Sí que debiste estudiar, porque mira que aquí siempre.

EUSTAQUIO.—Yo haré que mi padre le pida un destino á D. Manuel, una colocación cualquiera en Madrid. Yo este año me voy á Madrid por encima de todo.

MARÍA LUISA.—¡Que se han despertado en casa! ¡Adiós! ¡Hasta luego!

EUSTAQUIO.—¡María Luisa! ¡Que es nuestra despedida! En la estación figúrate si habrá gente... ¡María Luisa!

MARÍA LUISA.—¡Basta! ¡Basta!



## MARÍA LUISA Y PEPITA

PEPITA.—¡Qué sofocada estás!

MARÍA LUISA.—¡Como que hace mucho calor! En este pueblo siempre hace calor.

PEPITA.—Y las despedidas, que son muy calurosas. ¿Ha sido ya?

MARÍA LUISA.—No. Luego vendrá con su familia y bajará á la estación.

PEPITA.—Digo la despedida... ya me entiendes... ¿Y qué? ¡Tristísima!

MARÍA LUISA.—¡Pobre muchacho!

PEPITA.—Siquiera tú te has entretenido. ¡Había tan pocas diversiones!

MARÍA LUISA.—Pues mira, le había tomado cariño.

PEPITA.—¡Una barbaridad! ¿Le escribirás todos los días?

MARÍA LUISA.—Sí le escribiré.

PEPITA.—Dos ó tres cartas, y después... ¡Amores de verano!

MARÍA LUISA.—¿Y qué querías? No podía ser otra cosa... Figúrate... ¡Un señorito de pueblo!

\* \* \*

## EUSTAQUIO Y JOAQUINA

EUSTAQUIO.—No esperaba verte esta noche...

JOAQUINA.—Pues aquí me he pasado el verano, esperándote... como tú mereces. Lo que no creí es que tuvieras la poca vergüenza de volver tan pronto. Todavía se oye el tren que va para Madrid...

EUSTAQUIO.—¡Joaquina! Tú has tenido la culpa de todo.

JOAQUINA.—¡Yo ¿Verdad?

EUSTAQUIO.—Si tú no hubieras hecho lo que hiciste.

JOAQUINA.—¡Yo! ¿Verdad?

EUSTAQUIO.—Bueno, tu madre... Poi qué ha sido todo más que por ver si te importaba...

JOAQUINA.—¡A mí! ¿Verdad? Pues no me ha importado nada. Ya me has visto en las fiestas... Y me parece que no me he desmejorado...

EUSTAQUIO.—Al contrario.

JOAQUINA.—Estoy más guapa, ¿verdad? Á todos nos ha probado el cambio de aires.

EUSTAQUIO.—Si yo no quiero más que á ti en el mundo.

JOAQUINA.—¡Á mí! ¿Verdad? Que llama mi madre...



EUSTAQUIO. — ¿Tu madre? La estoy oyendo roncar desde aquí.

JOAQUINA. — Bueno. Pues espero á otro.

EUSTAQUIO. — Me alegre. ¡Que no viniera!

JOAQUINA. — Vete ó cierro... Pero tú crees...  
(*Chaparrón de cargos, recriminaciones, etc. Al final unas lagrimitas de coraje.*)

EUSTAQUIO. — No me digas eso... Pero no fuiste tú la... (*Idem id. id. Con el mismo final, pero con ternura.*)

JOAQUINA. — Siempre has de tener tú razón... ¡Suelta, suelta! ¿Lo ves? Ya te has dado con un hierro... ¿Te duele? Aprieta bien con una perra gorda, no te salga un chichón...

EUSTAQUIO. — Aprieta tú...

JOAQUINA. — ¿Pero de veras no te importaba nada?

EUSTAQUIO. — ¿Pero qué iba á importarme? ¡Figúrate!... ¡Una señorita de Madrid!...

FIN

## ÍNDICE

|   | Págs. |
|---|-------|
| El Teatro del Pueblo . . . . .              | 5     |
| Pan y letras . . . . .                      | 23    |
| De la «Mise en scene» . . . . .             | 29    |
| La verdadera recomendación . . . . .        | 35    |
| La que se fué de Grecia . . . . .           | 41    |
| Proteccionismo y librecambio . . . . .      | 47    |
| Alrededor de un concurso . . . . .          | 55    |
| El material en la obra dramática . . . . .  | 61    |
| El Teatro nacional Argentino . . . . .      | 67    |
| «César y Cleopatra» . . . . .               | 75    |
| La pasión en el teatro . . . . .            | 79    |
| El lujo en el teatro . . . . .              | 87    |
| Actores italianos . . . . .                 | 93    |
| Las tristezas de Delobelle . . . . .        | 99    |
| La mejor obra . . . . .                     | 103   |
| El teatro de los poetas . . . . .           | 107   |
| Obras intraducibles . . . . .               | 113   |
| El público de los estrenos . . . . .        | 119   |
| El Teatro español en Buenos Aires . . . . . | 125   |
| La presencia del autor . . . . .            | 129   |
| El dinero del teatro . . . . .              | 133   |
| Los payasos del Circo . . . . .             | 137   |
| Domadores . . . . .                         | 141   |
| El Teatro Nacional . . . . .                | 145   |
| Para los supersticiosos . . . . .           | 151   |
| Máximas y aforismos teatrales . . . . .     | 155   |
| Lo de casa . . . . .                        | 159   |
| La bancarrota del matrimonio . . . . .      | 165   |
| Abreviemos . . . . .                        | 171   |
| Patria . . . . .                            | 175   |
| Emigrantes . . . . .                        | 181   |
| La opinión pública . . . . .                | 185   |